

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

17/2014

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

Moreno Luzón, Javier y Núñez Seixas, Xosé M. (eds.), *Ser españoles: imaginarios
nacionalistas en el siglo XX*, Barcelona, RBA, 2013
(Francisco Javier Caspistegui)
pp. 263-268



Universidad
de Navarra

RECENSIONES

Moreno Luzón, Javier y Núñez Seixas, Xosé M. (eds.), *Ser españoles: imaginarios nacionalistas en el siglo XX*, Barcelona, RBA, 2013. 591 pp. ISBN: 9788490066829. 23€.

Javier Moreno Luzón y Xosé M. Núñez Seixas, «Los imaginarios de la nación». José Álvarez Junco, «Historia y mitos nacionales». Javier Moreno Luzón y Xosé M. Núñez Seixas, «Rojigualda y sin letra. Los símbolos oficiales de la nación». Ángel Duarte, «La República, o España liberada de sí misma». Javier Moreno Luzón, «¿El rey de todos los españoles? Monarquía y nación». Inmaculada Blasco Herranz, «Mujeres y nación: ser españolas en el siglo XX». Mary Vincent, «Religión e identidad nacional». Xosé M. Núñez Seixas, «La(s) lengua(s) de la nación». Zira Box, «La capital de la nación». Jacobo García Álvarez, «Los mapas». Marcela García Sebastiani y David Marilhacy, «América y la fiesta del 12 de octubre». Gonzalo Álvarez Chillida y Eloy Martín Corrales, «Haciendo patria en África. España en Marruecos y en el golfo de Guinea». Rafael Núñez Florencio, «Los toros, fiesta nacional». Alejandro Quiroga Fernández de Soto, «El deporte». Sandie Holguín, «Música y nacionalismo». Eric Storm, «Una España más española. La influencia del turismo en la imagen nacional». Vicente J. Benet y Vicente Sánchez-Biosca, «La españolada en el cine».

Han sido numerosos los estudios que en los últimos años han tratado de abordar la nacionalización de los españoles. Después de un tiempo, en los años finales del siglo XX, en el que se asentó con fuerza la idea de la débil conciencia nacional, en la última década han surgido diversos trabajos en los cuales se constata la existencia de mecanismos de nacionalización que no necesariamente habían de corresponder a un proceso de arriba abajo, desde el poder hacia el conjunto de los ciudadanos. Se ha podido apreciar la necesidad de hablar de una bidireccionalidad en la configuración de los mecanismos de pertenencia a la nación. En este proceso, algo tardío en el caso español, han jugado un papel significativo nuevas corrientes metodológicas, especialmente la interacción de la historia con la ciencia política y, sobre todo, los análisis culturales, con una presencia antropológica notable en ellos. Por un lado, esto ha permitido que el examen de la nación supere las estructuras político-ideológicas, y por tanto la tendencia elitista, para añadir un análisis de los marcos nacionales como construcciones culturales. Lejos de estudiar esquemas prefijados y únicos, este tipo de aproximaciones permite incidir en la existencia de modelos diversos de nación, en los que el conflicto y la rivalidad se extienden más allá de la disputa político-ideológica para insertarse en un marco vivencial, en una percepción de la realidad por grupos mucho más amplios que los de las élites tradicionales y con perspectivas integradoras: género, vida cotidiana, cultura popular, costumbres,

simbología... culturas políticas en definitiva, con toda la riqueza que permite esta percepción del pasado. Una referencia de partida a este respecto fue el libro *La nacionalización de las masas* (1975) de Georg L. Mosse, cuya traducción española se produjo en 2005, y que facilitó el despertar de estos estudios, aun cuando no haya sido una referencia única. Uno de los rasgos más significativos del libro de Mosse fue la atención que prestaba al componente simbólico de la política, tanto por la plasticidad que proporcionaba al análisis, como su heterogeneidad y la capacidad para llegar a todas las capas sociales y a que estas interactuaran con él. Como señalan los editores en la introducción, «los símbolos nacionales adquieren al menos cinco funciones primordiales: Condensan los elementos de la ideología compartida, simplificándola y creando una cierta unanimidad, aunque también diferencias, en torno a ellos; marcan los indicadores de la identidad de grupo, hacia dentro y hacia fuera; crean emociones, conectando a las personas con las identidades colectivas; constituyen a veces eficaces cementos comunitarios, por encima de las divisiones sociales; y con solo verlos o evocarlos, mueven a actuar a la gente» (p. 11). Es en este marco en el que se articulan las diversas colaboraciones reunidas que, sin pretender elaborar los lugares de la memoria nacional española, analizan aquellos elementos que se consideran relevantes para rastrear la existencia de una trama de factores de nacionalización, su evolución a lo largo del tiempo y las diversas interpretaciones que han vivido durante el siglo XX.

Las cuestiones abordadas son diversas, desde los elementos de configuración nacional más tradicionales, como la historia y sus diversas interpretaciones del conjunto del pasado de España hasta lo más representativo del universo simbólico nacional, como la bandera y el himno, pasando por referencias globales, como la presencia exterior, tanto en África como en América; o las vinculadas al ocio, representado en textos sobre los toros, el deporte, la música o el cine. También se toca el potencial nacional del régimen político, especialmente entre república y monarquía, sobre el papel de la religión en la configuración nacional o la relevancia de la cuestión lingüística, sin olvidar el género como factor de análisis relevante. Por último se hace referencia a elementos como los mapas, la capitalidad o el turismo, mostrando precisamente que incluso a este nivel las percepciones y el proceso de construcción de referencias ejercen una influencia determinante en la configuración de una conciencia nacional.

En el caso de la historia, aunque se prime en su análisis la perspectiva que de modo genérico se puede considerar liberal como factor nacionalizador por encima de cualquier otra opción, también existieron otras y jugaron su papel en aquellos sectores que las seguían, no siempre minoritarios. Pese a sus diferencias, buena parte de ellas buscaban la esencia de España, un alma íntima que al descubrirla mostrara la clave para la comprensión de la complejidad. Como Caro Baroja y José Antonio Maravall mostraron ya en los años sesenta, no existía tal esencia, y una parte de la renovación de la disciplina transitó por ese camino.

RECENSIONES

Lo único y unitario tendió a la diversidad y la fragmentación, lo que acarreó sus propios problemas. De hecho, esta diversidad de usos se ejemplifica con claridad en los símbolos oficiales, aparentemente relacionados con el poder, pero también sujeto de un uso e interpretación que se diversificaba dependiendo del grupo. De hecho, resulta de gran interés la contestación hacia banderas e himnos —así como su defensa—, pues no es solo una variedad de iconoclastia, sino también una percepción diversa de lo simbolizado, dado que además los símbolos más evidentes asociaban en torno a ellos otros componentes configuradores de una determinada percepción de la nación. Así, monarquía y república no solo han sido a lo largo del siglo XX español elementos de la retórica política e ideológica, sino símbolos en sí mismos de una percepción de la nación y espejo invertido de la contraria, por más que ambos reúnan además contradicciones y visiones enfrentadas entre sus mismos partidarios. Si algo se puede extraer de ello es la complejidad de lo español. Tanto monarquía como república, monárquicos como republicanos, han sido agentes activos de nacionalización y también encarnaciones de la diversa percepción de España como sujeto histórico. Si la república la percibían sus defensores como encarnación de valores democráticos y populares, la monarquía resaltaba el patriotismo, la regeneración o la reconciliación, dependiendo del momento.

Tal vez uno de los elementos más significativos de esta aproximación a los procesos nacionalizadores sea la vinculada con el ocio, agente de primer orden en el establecimiento de pautas de comprensión globales, pues facilita un relato con el que dar sentido a la heterogeneidad, fuese la «furia» y el fracaso en lo futbolístico o el «landismo» y la «españolada» en lo cinematográfico. Ya la propia caracterización de los toros como fiesta nacional o la búsqueda de la síntesis entre la tradición y la novedad en lo musical ilustran sobre su papel en este sentido. Pero, en general, la consideración de todos ellos como elementos característicos de la modernidad, más que como manifestaciones de un espíritu retrógrado o anclado en el pasado, ayudan a entender su importancia como factores que participan activamente en la construcción de la nación. En el cine del período republicano se recogen algunos elementos de esta síntesis: «una industria cultural e incluso una imagen de lo nacional basadas en el consumo de masas que entrecruzaba, en eficaz síntesis, las tradiciones remozadas con los medios de comunicación modernos» (p. 568). Así los toros se pueden percibir como el arquetipo del atraso español, pero también como un fenómeno de modernidad precoz, el primer gran espectáculo de masas. En las diversas formas de ocio esta confrontación entre lo moderno y lo tradicional, lo importado y lo esencial, amplifica aun más su capacidad para generar sentido en direcciones muchas veces antagónicas. De hecho, incluso la percepción de la relación entre lo local y lo nacional adopta matices dependiendo de la manifestación lúdica de que se trate, con defensas de las particularidades frente a lo global o el uso de lo particular como base de lo nacional.

RECENSIONES

Tres elementos significativos en la construcción nacional, en buena medida por su propia potencia identitaria a veces enfrentada a la nación y siempre requeridos por esta, son el género, la religión y la lengua. Si en el primer caso se buscó la diferenciación entre hombres y mujeres y, por tanto, la adjudicación de papeles distintos, los mecanismos de integración e interpretación también variaron, dependiendo tanto de las posiciones políticas de partida como de la consideración general de lo masculino y lo femenino, pero casi siempre anclando los modelos en la diferenciación sexual y su mantenimiento. A partir del segundo elemento, tan activo a todos los niveles, se establece una estrecha correlación entre nación y religión, siendo este un factor de integración en la comunidad a lo largo de buena parte del siglo XX, pero también fuente de conflictos en torno a su papel en el espacio público: «La dicotomía clerical-anticlerical se superpuso a la de derecha-izquierda, con una nítida radicalidad que estaba ausente en otros países» (p. 213), aunque incluso en este modelo dicotómico hubiera espacio para diferencias y matices. Por último, la lengua o, más bien, las lenguas, una cuestión poco problemática antes de fines del XIX y cuya virulencia identitaria creció con el cambio de siglo, al convertirlas en un preciado instrumento político: «A partir de la primera década del siglo XX, el creciente panamericanismo y la visibilidad de las propuestas catalanistas obligaron a otorgar un mayor papel al idioma como símbolo y marcador étnico de la nación» (p. 250). El castellano pasó a ser definido como símbolo nacional, con un canon y una tradición escrita, e ingrediente fundamental del espíritu nacional español, unión entre historia, raza o comunidad cultural. Pocas fuerzas políticas contemplaban la posibilidad no ya de alternativas lingüísticas, sino siquiera de convivencia o incluso reconocimiento de otras lenguas distintas al castellano más allá del espacio más íntimo y familiar. Esta situación, con matices, siguió hasta la transición, cuando la asociación nacionalismo, democracia y uso de las lenguas, se convirtió en un argumento central, aunque en muchos sectores cualquier reconocimiento de esta pluralidad implicara una ruptura.

Otro grupo de trabajos en este libro se centra en aspectos que vinculan el espacio con la percepción de la nación, bien sea mediante la encarnación de la capitalidad por Madrid, con todo el despliegue simbólico que implicó a lo largo del siglo XX, pero también con la necesidad de afrontar las acuciantes necesidades más allá de la representación del poder central. Un segundo elemento es el empleo de los mapas, en un artículo que busca analizar el papel de la cartografía en la configuración de los espacios nacionales, con unos atlas históricos que buscaron reflejar la concepción liberal de nación, pero también con su empleo en la enseñanza. No en vano, como resaltara Benedict Anderson, los mapas permiten visualizar la nación y hacer tangible el territorio, y su elaboración parte de condicionantes y premisas que representan una idea concreta de pertenencia, aunque revestida por la aureola de veracidad que otorga su carácter visual y su cientificidad. Viejo y nuevo instrumento nacionalizador, su omnipresencia con-

RECENSIONES

tribuye a definir al conjunto y a ofrecerlo también al exterior a través, por ejemplo, del turismo, que juega con las expectativas sobre un determinado territorio. La conciencia de las posibilidades de creación de nación que el turismo ofrecía por el refuerzo de los rasgos más estereotipados, hizo que el estado actuara en la regulación y promoción de este ámbito ya desde 1905, con lo que «contribuyó a formular o confirmar el canon del patrimonio histórico, artístico y natural de España, que privilegiaba su identificación con Castilla y Andalucía» (p. 535). Eran iniciativas para hacer España más española de acuerdo a una determinada percepción en absoluto neutral o inocente. En 1957 apareció el lema *Spain is different* asociado al exotismo de toros, folklore y flamenco y poco después la llegada masiva de visitantes se convirtió en un sector económico crucial. Perdió con ello peso ideológico y se convirtió en un símbolo de la modernidad del país, aunque los visitantes foráneos hayan seguido buscando el estereotipo.

El último grupo de trabajos es el de los vinculados al marco exterior, a América y su incorporación identitaria a través de la fiesta del 12 de octubre y la presencia africana de España y su uso nacionalista. Si América forma parte indeleble, hasta hoy, del imaginario español con matices diversos y una polivalencia que conjuga modernidad y tradición, África se asocia a la reconquista y al prestigio colonial decimonónico, en el caso de Marruecos, y aun más marcado por el componente paternalista y «civilizador» en el de Guinea. En la relación con América, la fiesta del 12 de octubre conjugó elementos simbólicos diversos y permitió a las autoridades «potenciar un programa de nacionalización de las masas y fortalecimiento de una comunidad nacional que se creía "invertibrada"» (p. 373). Mientras, en África, no se buscó una relación de igualdad o siquiera de cercanía, sino una voluntad españolizadora en Guinea y cierta distancia respecto a Marruecos.

Estos y otros elementos han contribuido, a lo largo del siglo XX, a construir una serie de culturas nacionales españolas en pugna entre ellas y con otras identidades nacionales, y muestran la diversidad de procedimientos y mecanismos adoptados en la elaboración de la nación. Aunque aun son primeros pasos en las líneas de investigación que escasamente llevan una década en desarrollo, señalan la existencia de una nacionalización española tan plural como las diversas identidades que el siglo XX ha ido manifestando. Tal vez la mejor consecuencia de estos análisis sea que los esencialismos dejan de ser sostenibles, al menos desde un punto de vista racional.

Javier Moreno Luzón es catedrático de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos en la Universidad Complutense de Madrid desde 1997. Ha sido profesor e investigador en la UNED, Harvard University, École des Hautes Études en Sciences Sociales y London School of Economics and Political Science. Ha sido subdirector del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales y vicepresidente de la Asociación de Historia Contemporánea. Dirige el Seminario

RECENSIONES

de Historia Contemporánea del Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset, de Madrid, y la colección de Ciencias Sociales y Humanidades de Genuève Ediciones. Especialista en la vida política de la España de la Restauración, se ha dedicado últimamente a las conmemoraciones nacionalistas, símbolos nacionales y relaciones entre monarquía e imaginario españolista en el reinado de Alfonso XIII. Su último libro es *Modernizing the Nation. Spain during the Reign of Alfonso XIII, 1902-1931* (2012). Por su parte, Xosé Manoel Núñez Seixas es catedrático de Historia Contemporánea por la Universidad de Santiago de Compostela desde 2007. En 2012 obtuvo la cátedra de Historia contemporánea en la Universität Ludwig-Maximilian de Múnich. Ha sido profesor visitante en las universidades de Paris X, Paris VII, Mar del Plata, Bielefeld, ZHF Potsdam, City University of New York y Stanford. Se ha especializado en los nacionalismos europeos e ibéricos, los estudios migratorios y la historia cultural de la violencia. Entre su amplia producción cabe destacar el libro editado con Francisco Sevillano, *Los enemigos de España. Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX)* (2010); *Patriotas y demócratas. El discurso nacionalista español después de Franco* (2010); el editado con Fernando Molina, *Los heterodoxos de la patria. Biografías de nacionalistas atípicos en la España del siglo XX* (2011); *La sombra del César. Santiago Montero Díaz, una biografía entre la nación y la revolución* (2012) o, con Ludger Mees, *Nacidos para mandar. Liderazgo, política y poder: Perspectivas comparadas* (2012).



Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra